MARQ. Prendedles á todos. (Los Soldados se acercan á los conjurados).

SUSANA. Yo os revelaré sus infamias.

JUAN. Y las de Berenguer...

BERENG. Las mías...

SUSANA. (Denegando con desesperación). No, no; es inocente.

BERENG. (Concluyendo la frase). Las mías... las revelaré yo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en el cuartel de San Juan. Puertas laterales; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda comunica con la sala de armas. Al fondo puerta grande con verja, tras de la cual se ve otra estancia que comunica con la sala del Consejo. Bancos y tarimas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

BERENGUER, sentado á la derecha en un banco, meditabundo; á la izquierda, en otro banco, SAN VALERIO; junto á él, FABRICIO, dormido; BONAIRE, sentado en el suelo junto á San Valerio; BONALD. Guardia en la puerta.

VALERIO. (Impaciente y colérico, dándose un golpetazo en la rodilla). ¡Maldición de maldiciones!

BONAIRE. ¿Se impacienta el Gran Maestre?

VALERIO. Sí... y juro por las ternillas de Holofernes, que deseo llegar al fin, cualquiera que sea.

BONAIRE. Estamos lucidos. Y gracias que no os han metido en las mazmorras fétidas y oscuras. Están llenas de carne de cañón, los pobrecitos que formaban vuestro ejército revolucionario. A vosotros, los jefes, os han puesto en esta sala hasta que llegue la hora de comparecer

ante el Consejo de guerra, el cual dispondrá que seamos reducidos á polvo.

VALERIO. Pero tú, intrépido Cocles Horacio, estarás en tus glorias. Deseabas una bala, y vas á tener... ocho lo menos.

BONAIRE. Esto es una infamia... ¡Protesto! Yo no soy traidor... Soy filósofo... digo, pastelero.

VALERIO. ¡Ay! En estos lances, la pastelería, aun siendo filosófica, tiene sus quiebras.

BONAIRE. Figúrate que estaba yo tan tranquilo en Tresponts, después de entregar tu carta, cuando me traen el cuento de que los tres dragones infernales habían ido en mi seguimiento, y me buscaban de casa en casa por todo el pueblo. Saberlo y venirme para acá en la primera caballería que encontré, fué todo uno. Llego al amanecer, y ¡zás! me trincan... Todo porque uno de los andorranos dijo si yo era ó no era... En fin, San Odón bendito nos ampare...

VALERIO. Sí; fíate de San Odón. (Bajando la voz). Mejor invocaría yo á San Espoz y Mina.

BONAIRE. (Con mucha cautela). ¿Sabes, amigo Valeriano, que aquello anda mal?... digo, bien para nosotros. Misas no podrá resistir más tiempo, y si los liberales siguen avanzando, pronto les tendremos á dos leguas de aquí, y la serenísima Regencia tendrá que tomar con toda su serenidad el caminito de Francia.

VALERIO. (Imponiendo silencio por la proximidad de Bonald). Chitón.

BERENG. (Que poco antes ha empezado á hablar con Bonald, que se acerca á darle ánimos). Mi deseo es abreviar, llegar pronto al fin. Esta tristísima expectación me anonada.

BONALD. No basta la entereza, amigo mío, hay que tener calma.

BERENG. Pero ese maldito Consejo, ¿cuándo se reune?

BONALD. Creo que á las diez. Pero antes les darán á ustedes algún alimento.

BERENG. Vale más que nos despachen pronto, y así se ahorran la comida.

BONALD. (Dirigiéndose al otro grupo). Pronto comerán todos.

FABRIC. (Despertándose). Santa palabra.

BONAIRE. Y nos cebarán, como si ya estuviéramos en capilla, dándonos buenas magras, pavos, y tocino del cielo.

VALERIO. Verás como no. Rancho de patíbulo nos darán estos bárbaros. (Alto, para que lo oiga Berenguer). Y si hay golosinas, serán para el señorito de la casa, para el angelical Berenguer.

BERENG. Cállate, infame. Respeta la común desgracia.

BONAIRE. Sí; no es ocasión de bromitas.

VALERIO. Y tú, ¿para qué echas roncas? ¡Ah! No siento la falta de libertad más que por no poder darte el castigo que mereces.

FABRIC. Por tu culpa estamos todos aquí.

BERENG. ¿Qué hablas ahí, menguado? Tu fanatismo no es menos odioso que el de nuestros verdugos. Yo fuí tu discípulo ¡desdichado de mí!; pero el sentimiento de humanidad me libró de tu bárbaro dominio: ya estoy libre, y sabré morir con mi conciencia en paz.

VALERIO. ¡Hipócrita!

BONALD. (Que viene del fondo). La señora doña Saturna, que consagra su vida al socorro de los desgraciados, os trae víveres y desea entrar á veros.

VALERIO. ¡Qué honor tan grande!

ESCENA II

DICHOS; DOÑA SATURNA, por la derecha, y BONALD

SATURNA. Es inícuo que por que sean criminales se les tenga tanto tiempo sin comer.

VALERIO. (Saludándola). Señora...

BONALD. Voy á disponer que se les sirva. (Vase el Oficial).

SATURNA. Señor de San Valerio, me trae un deber de humanidad, y además un asunto de interés propio...

VALERIO. La señora se compadece de este desgraciado.

SATURNA. ¡Oh, no puedo menos de suponer que en esto hay una

grave equivocación! Cuando usted se defienda ante el Consejo de las notas de traidor y falsario...

VALERIO. ¡Oh! Sin duda oirá usted buenas cosas, que podrá comunicar á Francia...

SATURNA. Pero ante todo, señor mío, no habrá usted olvidado que anoche le confié mi ridículo, en el cual había varias cartas...

VALERIO. ¡Ah; sí, señora; mil perdones! Llamáronme repentinamente para un asunto del servicio... En mi alojamiento dejé el ridículo que pensaba devolver á usted. Las cartas aquí están. (Metiéndose la mano en el pecho, saca las cartas y se las muestra). Como son políticas, mi calidad de conspirador me autorizaba para leerlas. Tenía derecho á ello. El sagrado interés de la causa que defiendo me eximía de todo escrúpulo de delicadeza.

SATURNA. ¿Y cómo sabía usted que eran políticas antes de leerlas?

VALERIO. Por el olor, señora. Los conspiradores tenemos un olfato finísimo para estas cosas... En una de ellas la duquesa de Montmorency dice á usted que Su Majestad Luis XVIII retirará su protección á la causa del Rey absoluto si continúan ustedes en su sistema de terror y de sangrientas represalias... Conque aplique usted el cuento.

SATURNA. Recomienda la política de clemencia, pero no la impunidad de esta clase de delitos.

VALERIO. ¡Ah, señora! en política no hay más delincuentes que los vencidos ó los que no saben vencer.

SATURNA. (Guardando sus cartas). Sea como quiera, si Dios dispone que usted no se salve, procure morir santamente.

VALERIO. Moriré maldiciendo el despotismo.

SATURNA. (Volviéndose). ¡Ah!... y el pobre Berenguer, ¿está muy abatido?

VALERIO. (Indicando locura). Está...

BERENG. No, señora; tranquilo estoy. Moriré creyendo que sólo Dios castiga, y que es locura combatir una tiranía con otra.

VALERIO. ¿Lo ve usted?

SATURNA. Vaya. Tomen algún alimento, que estarán desfallecidos.

VALERIO. Con su permiso. (Vase por el foro con Fabricio y Bonaire).

BERENG. Si el comer es un trámite, comamos y abreviemos. (Dirígese al fondo).

SOLDADO. (Que está de guardia en la puerta de la derecha). El señor General.

SATURNA. Al fin puedo verle. Gracias á Dios.

ESCENA III

DOÑA SATURNA, DON JUAN y CASTELL

JUAN. (Muy agitado). ¿Usted aquí?

SATURNA. Tus padres te buscaban por toda la ciudad. Parece que vienes huyendo de ellos.

JUAN. Sí; huyo de ellos, huyo de la piedad, y me escondo allí donde no pueda oir sus clamores. (Suenan tiros lejanos).

SATURNA. Pero en cambio, oirás el tiroteo de las tropas de Mina. Cerca están ya.

JUAN. No importa...

SATURNA. Importa, sí, reflexionar en los peligros de la grave situación que se prepara.

JUAN. (Sin hacerle caso, dirigiéndose á Castell). En cuanto coman, que se les conduzca á la sala del Consejo. (Vase Castell por el foro).

SATURNA. ¿Se reune pronto?

JUAN. En seguida. Y luego serán conducidos al castillo, donde se cumplirá la sentencia... Tía, retírese usted.

SATURNA. No sin decirte que hoy sería gran torpeza extremar el rigor.

JUAN. (Impaciente y nervioso). Déjeme usted... Obedezco tan sólo á mi conciencia. Sólo escucho la voz de mi deber.

ESCENA IV

DICHOS; EL MARQUES DE TREMP y DOÑA MONSA, por la derecha. Después, CASTELL

MARQ. (Desde la puerta). Calma, hijo, calma.

MONSA. Al fin te encontramos.

JUAN. (Airado). La piedad me acosa.

MONSA. Para impedir que te ciegue la ira...

MARQ. Y á la piedad se une mi autoridad de padre y de Regente.

SATURNA. ¿La negarás?

JUAN. ¿Cómo he de negarla? (Resignándose). En suma, ¿qué manda usted?

MARQ. Que se suspenda el Consejo de guerra.

JUAN. Las dilaciones son la hipocresía de la debilidad.

SATURNA. Y á veces la garantía del juicio sereno.

MONSA. Oye las razones de tu padre en un asunto más que militar, político, de Estado.

MARQ. Las circunstancias, hijo, se imponen. Nuestras relaciones con las potencias nos obligan á proceder con pulso en la aplicación de castigos.

MONSA. Imposible dar muerte á tantos hombres.

MARQ. Luis XVIII y su Gobierno paternal nos recomiendan gran parsimonia en el empleo de procedimientos de rigor.

JUAN. Concluyamos: ¿qué pretende la piedad? ¿qué dispone la Regencia?

MARQ. Que se imponga castigo; pero con moderación.

JUAN. En política, como en guerra, la moderación es cobardía, y la cobardía es la muerte.

MARQ. Seamos severos, sin dejar de ser humanos. Por tanto, será pasado por las armas el que resulte más criminal entre los conjurados.

JUAN. ¡Uno solo!

MARQ. El peor, la verdadera cabeza del complot.

JUAN. Y el más perverso, ¿cuál es? Todos lo son en igual grado.

MARQ. (Con misterio). Pero hay otro asunto, en el cual nosotros, la familia, debemos proceder con tiento antes de llevar á esos hombres ante el Consejo.

MONSA. Susana...

JUAN. Sí... Esto me vuelve loco.

MARQ. No negarás que nuestra sobrina aparece en lamentable conexión con los delincuentes. A unos acusó; defiende á otros... ¿Qué significa esto?... ¿Tendrá fundamento el rumor de que Susana...?

JUAN. (Airado). ¡Horrible, horrible!...

MARQ. ¿Tú crees...?

JUAN. Creo en su liviandad, como creo en el infierno.

SATURNA. No; no está probado que nuestra sobrina ame á Berenguer.

MONSA. Sí, sí... Ella lo declara.

MARQ. ¡Lo declara!... ¡Oh, me temo que los criminales, en sus manifestaciones ante el Consejo, arrojen la ignominia sobre nuestro nombre!

JUAN. ¡Nuestro nombre, nuestra honra, fuego de Dios, en lenguas de bandidos!... ¿Y ella?... ¡No; no hay término bastante duro para increparla!... Su nombre mismo me quema los labios.

MONSA. ¡Infeliz mujer!

MARQ. El caso es grave, gravísimo, de cualquier modo que lo miréis.

JUAN. Ciertamente... Y respecto á los conjurados, usted piensa que...

MARQ. Que debemos interrogarles privadamente, antes de enviarles al Consejo; y así, al paso que desciframos el misterio de las conexiones de Susana con esos hombres, sabremos cuál de ellos es el más criminal, el que debe perecer, indispensable tributo á la justicia.

CASTELL. (Por el foro). Mi General...

MARQ. Manda que los traigan aquí, y les interrogaremos á puerta cerrada y sin testigos. (Don Juan habla con Castell retirándose al foro).

MARQ. (En el proscenio con las señoras). ¿Y Susana?

SATURNA. ¿La interrogaréis también?

MARQ. (Vacilando). No sé...

JUAN. (Después de dar órdenes á Castell, volviendo al proscenio). De ningún modo.

MARQ. ¿Y por qué no? Es muy sincera, y su testimonio puede darnos luz...

MONSA. Mi opinión es que no venga.

SATURNA. Opino lo contrario: que venga y que hable.

MARQ. Sí, sí... Id á buscarla, traedla en seguida, y entre tanto nosotros aquí procuraremos sondear esas conciencias tenebrosas.

MONSA. Vamos. (Vanse las señoras).

ESCENA V

EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, BERENGUER, SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE. Oficiales y Soldados que los custodian. Un Soldado coloca á la izquierda un sillón, donde se sienta el Marqués. A su lado don Juan, en pie.

MARQ. Retírese la guardia. (Retíranse los Soldados, quedando uno en cada puerta de centinela).

JUAN. ¿Interrogamos primero á Berenguer?

MARQ. No... Antes á éste. (Por San Valerio). A ver... Valeriano de San Martí, no negará usted su verdadero nombre.

VALERIO. No, señor; no lo niego.

MARQ. Maestro de armas, célebre profesor de esgrima en Barcelona.

VALERIO. En Barcelona, como en Madrid, la fama es conmigo más lisonjera de lo que merezco.

MARQ. Y tú, Bonaire, ¿conocías á estos hombres antes de venir aquí?

BONAIRE. ¿Yo? (Dudando). ¿Que si los conocía? Sí, señor, y no señor... Solían ir á mi tienda... A entrambos les oí celebrar por su destreza... digo... pues...

JUAN. Siga usted. Este maneja con destreza la espada... esotro la pluma.

BONAIRE. No sé... Lo que digo es que...

MARQ. Basta... (A Fabricio). Obra de usted son los documentos y cartas que nos presentaron...

FABRIC. No sé... no sé nada. Sirvo mi causa, defiendo una idea. ¿Con qué armas, con qué medios? Todos son legítimos cuando conducen á un legítimo fin. No digo más.

MARQ. Bien. (A San Valerio). ¿Y usted confiesa también su culpabilidad en esta indigna conjuración?

VALERIO. (Con entereza). Sí, señor. Detesto el absolutismo. He consagrado mi vida á las ideas de libertad y emancipación del pueblo. Tal como son mis enemigos, fanáticos y crueles, así soy yo, por ley de guerra. Desconozco la piedad; vivo para exterminar á mis contrarios y limpiar la tierra de toda tiranía. El partido de Vuestra Alteza es el mal; yo, nosotros también. Contra el despotismo todo es lícito, crueldad, alevosía, engaño. Desprecio la vida. Si no puedo alcanzar la gloria, venga pronto el martirio.

MARQ. ¿Y usted indujo á Berenguer á venir aquí, ó fué él quien á usted le indujo?

VALERIO. El á mí.

BERENG. (Con entereza fría). No es verdad.

VALERIO. Pero no negará que tenía agravios particulares que vengar. Su padre...

MARQ. Sí... ya sé... Diga usted, Berenguer. ¿Es cierto que un plan de venganza personal le movió á usted á venir aquí, disfrazando alevosamente las intenciones, la idea política y el nombre?

BERENG. Sí, señor; no puedo negarlo.

VALERIO. Señor, permítame Su Alteza que hable...

MARQ. Hable usted.

VALERIO. Juzgue Vuestra Alteza de la diferencia entre mis odios y los de Berenguer. Yo soy el enemigo político que trabajo por que mi causa destruya y aniquile la vuestra.

Combato con vosotros á sangre y fuego. Pero éste ha venido á satisfacer una venganza personal, y no pudiendo ó no sabiendo herir á esta ilustre familia cuerpo á cuerpo, ha querido herirla en lo que vale más que la vida, la honra.

JUAN. (Furioso). Calla... No nombréis la honra, ó á entrambos os mando cortar la lengua.

BERENG. Señor, ese hombre no dice la verdad.

VALERIO. La verdad digo.

BERENG. Compare Vuestra Alteza su ira con mi resignación, y comprenderá quién esconde la conciencia y quién la descubre.

MARQ. (A Berenguer). Para que sepamos si es ó no cierta la grave acusación de su cómplice, explíquenos usted los misterios que envuelven su conducta. ¿Por qué si vino usted á coadyuvar á un plan político se revolvió contra éstos y les amenazaba de muerte en el momento de ser sorprendidos?

BERENG. Porque Dios quiso que á poco de entrar aquí yo amase la verdad y abominase la ficción y el pacto infame que á ellos me ligaba. Nuestra amistad se convirtió en discordia, y la venganza dejó de ser la pasión dominante en mi espíritu...

VALERIO. (Vivamente). Permítame Su Alteza... Era que su natural hipócrita le inducía á haceros la guerra, no como nosotros, con la guerra, sino con las traidoras armas del amor, de un amor fingido, aleve...

BERENG. Voy á morir, y las injurias del que fué mi compañero no me harán perder la serenidad.

MARQ. (A Berenguer). ¿Niega usted que ha intentado herirnos en nuestra honra fingiéndose enamorado de una persona de nuestra familia?

BERENG. Lo niego; sí, señor; amé y amo á Susana con amor verdadero. Susana ha sido el ángel que despertó en mi alma los sentimientos humanitarios y de perdón. Le debo nueva vida, lo que no podéis quitarme, la grande, la eterna.

MARQ. Pero no se atreverá á decir que mi sobrina le ama.

BERENG. Me atrevo á decirlo.

MARQ. ¡Amar al enemigo de su familia, al que vino aquí con el propósito de exterminarnos!

BERENG. Sí, señor. Ante Dios y por Dios juro que la hija del Barón de Celis me ama.

JUAN. ¡Qué absurda farsa!

BERENG. Lo que llamamos absurdo suele ser la única razón de nuestra existencia.

MARQ. ¿Y daba usted al olvido las ofensas de antaño?

BERENG. No, señor; odio la tiranía, y á todos los que á nombre de una idea cometen crímenes.

MARQ. Entonces, desdichado, se aborrecerá usted á sí mismo y á sus compañeros.

BERENG. Les detesto también, porque son tan tiranos como los de vuestro bando. Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruinas.

MARQ. Ya... cree usted que nuestro bando realista es una fiera, y el bando contrario otra.

BERENG. Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron.

MARQ. (Burlándose). Será horrible.

BERENG. Es hermosa, arrogante, y sus rugidos enardecen á los hombres y les arrastran á un heroismo brutal. En su piel están pintorreadas todas las ideas. Cada cual ve en ellas lo que le acomoda.

MONSA. Y morderá...

BERENG. Con una de sus feroces bocas muerden los que me escuchan; con la otra... muerdo yo.

MARQ. (A don Juan). ¿No te parece que este hombre está loco?

JUAN. O lo finge para eludir el castigo.

BERENG. Yo no rehuyo el castigo que me corresponde por la ley de esa terrible bestia de la discordia. La vida me abruma. Hay en ella un nudo que no puedo desatar. Forzoso es que lo corte. Quiero la muerte. Matadme.

La imagen de la única persona humana que me ha enseñado á perdonar me infunde valor y piedad. Perdono á todos, y les agradeceré que abrevien mi suplicio.

MARQ. No está en su juicio, no.

JUAN. (Rabioso). Yo aseguro que cuanto ha dicho este hombre es fingimiento; obra de un ingenio solapado; y el amor de Susana no es más que una grosera invención para conseguir la impunidad.

VALERIO. Yo también lo afirmo.

FABRICIO. Y yo.

MARQ. Silencio.

BERENG. (Con calma). Digan lo que quieran. Palabras y juicios humanos nada me importan ya.

MARQ. Vuestras discordias os delatan. Sois reos de traición infame.

JUAN. Conspiraban contra nosotros, de acuerdo con el enemigo. Ese tunante (Por Bonaire). llevaba los mensajes.

BONAIRE. Señores serenísimos, yo...

MARQ. Has abusado infamemente de nuestra confianza, y eres más criminal que ellos, por lo cual recaerá sobre ti el castigo que todos merecen.

BONAIRE. Bueno, señor... Está muy bien. (Esforzándose en aparecer sereno y jovial). ✱ Yo acepto el castigo... y muy contento... y muy agradecido... porque... ya lo saben... Deseo la muerte, y más ahora que he sabido una cosa atroz, monstruosa y que me pone los pelos de punta.

MARQ. ¿Qué?

BONAIRE. Que mi mujer y mis dos suegras quieren arrojarse á los pies de la Regencia... pidiéndoles mi vida... ¡No, no, y mil veces no! ¡Que me fusilen!... Yo pido á la serenísima Regencia que les dé mi cadáver.

MARQ. Se les dará. (Aparte á don Juan). Creo que fusilando á este pillete cumplimos.

BONAIRE. ✱ Ya me tengo por muerto, y con la poquita vida que me resta, pido á Vuestras Altezas que perdonen á todos... menos á mí, se entiende. Si son traidores San Valerio y Fabricio, sean castigados con la vida... ¡tremendo castigo! Y por la misma culpa de traición, condenen también á Berenguer y á doña Susanita... Sí, sí; condenados á vida, y para mayor escarmiento, condenados á matrimonio.

JUAN. ¡Calla, imbécil!

MARQ. Mi sobrina no es culpable.

BONAIRE. Ella lo dijo.

FABRIC. Y dijo la verdad.

JUAN. ¿Qué, qué es eso? (Aparece Susana en la puerta de la derecha, seguida de doña Monsa y doña Saturna).

FABRIC. (Señalándoles). La hermosa damisela, sobrina del señor Marqués, había concertado con Berenguer entregarle los papeles del Rey que están en el archivo de la Regencia.

MARQ. (Aterrado). ¿Será posible?

JUAN. ¡Qué infamia! (Avanza Susana y las dos señoras).

ESCENA VI

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA

SUSANA. (Adelantándose). No creais esa fábula indigna. Mi delito, como el de Berenguer, es la piedad, el perdón de las ofensas, el sacrificio de todos los horrores del pasado á la verdad presente. Iguales en la culpa, igualadnos también en el castigo. Vengo á deciros que si Berenguer muere, moriré con él.

JUAN. (Cogiéndola por un brazo y queriendo llevársela). Esto no puede ser... Ven.

MONSA. ¡Hija, por Dios!...

SUSANA. (Con gran firmeza). No; no me doblegaréis. Soy inflexible, soy indomable. Ante vosotros lo he dicho; ante Dios lo he jurado. Su suerte es la mía. Perdonadle, ó moriremos juntos.

SATURNA. El delito es grande.

SUSANA. Todos sois lo mismo, jueces y víctimas. En la conciencia de esos, como en la vuestra, existen las mis-

mas negruras; en la conducta las mismas atrocidades. Sois un solo monstruo, aunque parezcan muchos.

MARQ. Déjanos, y aquí decidiremos...

SUSANA. No; no me voy.

BERENG. Vida mía, obedece á tu familia, y deja que Dios decida de mi suerte.

MARQ. (Cariñosamente). Niña querida, reconozco tu grandeza de alma. (Tomándola una mano, la lleva aparte). Ven, óyeme un momento. Confía en mí.

SUSANA. Prométame...

MARQ. Berenguer no morirá...

SUSANA. (Con alegre efusión). Tío del alma, júremelo usted.

MARQ. Basta que lo afirme. (Alto). Que se retiren los presos. Tenemos que deliberar. (Salen los guardias, y á una señal de don Juan les conducen por el foro).

JUAN. (Dando prisa). Vamos...

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con rencor). Infame, te salva el amor, la estupidez sentimental.

BERENG. (A San Valerio). Rencoroso, ni ante la muerte perdonas.

VALERIO. ¡A ti, nunca! (Con saña). Morirás conmigo.

BERENG. Cúmplase el destino.

FABRICIO. (Aparte á Bonaire.) El tunante se salvará por el amor.

BONAIRE. (Aparte á Fabricio). Cállate... Nosotros también. (Se llevan los presos por el foro).

ESCENA VII

SUSANA, EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; después, BONALD y CASTELL

SUSANA. No morirá.

MONSA. No, hija mía... Si le amas...

SATURNA. Imposible.

SUSANA. Pero no me basta la palabra de mi querido tío.

MARQ. ¿Cómo?

SUSANA. Quiero más garantías. (A don Juan). Necesito también la palabra del jefe militar de la plaza.

JUAN. Yo te la doy.

SUSANA. ¿De veras? Júramelo.

JUAN. Por la cruz de mi espada juro que Berenguer no irá Consejo de guerra.

MONSA. ¿Ves qué generoso y magnánimo?

JUAN. No dirán que no soy benigno.

MARQ. Pero alguno ha de sufrir el castigo...

SUSANA. Ninguno. Perdonadles á todos, para que os perdone Dios... (Suenan tiros lejanos). ¿Ois?

MARQ. ¿Qué es eso?

MONSA. ¡Santo Dios!

SUSANA. El enemigo está cerca. Vuestras represalias son tardías. Ni aun tendréis tiempo de ser inhumanos, ni de regatear la piedad, porque la necesitáis toda para vosotros mismos, para poneros en salvo, para huir...

JUAN. ¡Huir, nunca!

BONALD. (Presuroso y anhelante por el foro). Señor Regente, mi General...

TODOS. ¿Qué? (Oyense tiros lejanos).

BONALD. La gente de Misas no ha podido resistir al número, y los liberales están ya en la vega de Urgell y avanzan sobre la plaza.

MARQ. (Con resignación). ¡Dios lo quiere! (Las dos damas hacen aspavientos de terror).

JUAN. Mejor. ¡Húndase el mundo... perezca la causa... vivan los traidores!

MARQ. Vámonos. ¡La Regencia decidirá!...

BONALD. Señor, los otros dos Regentes se disponen á salir para Francia.

SATURNA. Nosotros también. (A Susana). Ven.

SUSANA. Yo no. (El Marqués de Tremp y doña Saturna tratan de llevarse á Susana, que se resiste á salir. Entra Castell por el foro).

JUAN. (Hablando aparte con Castell y Bonald). Ya sabéis...

CASTELL. ¿Les soltamos á todos?

JUAN. A todos. Y á San Valerio y á Berenguer les mandáis venir aquí. (Vase Bonald por el foro. Castell, después de recibir órdenes de don Juan, vase por la izquierda).

SUSANA. (Resistiéndose con tenacidad). Digo que no me voy.

MARQ. Pues yo sí... No hay tiempo que perder.

SATURNA. A casa... Salvaremos lo que se pueda, y partiremos inmediatamente. Vamos.

JUAN. (A doña Monsa, que quiere llevársele). Yo no; yo no me muevo de aquí.

MONSA. Pues yo contigo.

JUAN. Déjame ahora... Cuando todos huyan, aquí me encontrarás, en mi puesto.

MARQ. (Cogiendo á su mujer de la mano). Ven... pronto. (Vanse el Marqués de Tremp, doña Saturna y doña Monsa).

ESCENA VIII

DON JUAN, SUSANA y CASTELL

JUAN. ¿Y tú?

SUSANA. Ya ves. Aquí me quedo, como tú, en mi puesto.

JUAN. Todos huyen.

SUSANA. Menos yo.

JUAN. ¿Qué esperas?

SUSANA. Espero una vida que has jurado entregarme, y que necesito recoger de tus manos.

JUAN. Te juré que Berenguer no iría al Consejo de guerra.

SUSANA. Pero eso no me basta. (Recelosa). Necesito esa vida, y me la vas á dar.

JUAN. Sal pronto de aquí.

SUSANA. No quiero... (Castell sale por la izquierda con dos espadas, que entrega á don Juan. Inmediatamente se retira). ¿Qué haces?... ¿Cuál es tu infernal idea?... ¡Oh, un duelo!... Asesinato más bien... Dame las espadas... (Suplicante). Primo mío, por Dios, por su santa madre, por la tuya, te ruego que...

JUAN. (Imperioso). Vete.

SUSANA. No... no harás lo que pretendes, infame. (Agarrándole las manos). Yo lo impediré.

JUAN. ¿Cómo?

SUSANA. ¡Oh, infeliz de mí!... ¿No hay quien me socorra?... Gritaré... Llamaré á tu madre, que no consentirá tal iniquidad... ¡Favor, socorro! ¡Quieren matarse!... (Sale presurosa por la derecha). ¡La guardia! ¡Favor! ¡Aquí!

ESCENA ÚLTIMA

BERENGUER, DON JUAN y SAN VALERIO; después, SUSANA

BERENG. General, á sus órdenes. (En expectación).

JUAN. (Dándole una espada). Toma.

BERENG. Y ahora...

VALERIO. (Presuroso por el foro). ¿Dónde estás, traidor infame?

BERENG. Aquí.

JUAN. (A Valerio, dándole la otra espada). Toma. Los traidores resuelvan por sí, en juicio de Dios, cuál debe morir.

VALERIO. (A Berenguer con saña). ¡Ya no te escapas, miserable!

BERENG. ¡Monstruo, no te temo!

SUSANA. (Dentro). ¡Favor, socorro!

JUAN. (Sintiendo ruido por el foro, les indica que entren en la habitación de la izquierda). ¡Aquí! ¡Batíos aquí! (Entran ellos; don Juan cierra, y permanece como guardando la puerta. Atiende al ruido del duelo. Pausa. Momento de ansiedad. Sale Berenguer blandiendo la espada). ¿Y San Valerio?

BERENG. ¡Muerto!... ¡Ahora tú!

JUAN. (Desenvainando). ¡Entrégame tu vida, miserable!

BERENG. La tuya quiero. (Se baten. Pausa).

JUAN. (Herido). ¡Ah!... Perro jacobino. (Se desploma. Muere).

SUSANA. (Despavorida, por la derecha). ¡Ah! ¡Vives! (Abraza á Berenguer).

BERENG. (Delirante, mirando á uno y otro cadáver). Sí; he matado á la fiera. ¡Muertos los dos!

SUSANA. Huyamos á regiones de paz.

BERENG. (Con desvarío). Huyamos, sí; que éstos... éstos resucitan...

FIN DEL DRAMA